

**José María Moreno Galván: «Esculturas de José María Subirachs»,
Triunfo, 12 de febrero de 1977, p. 59**

“¿Soy clásico o romántico? No sé...”. Tampoco lo sabría el amigo Subirachs. Evidentemente tiene ese fondo clásico subconsciente que suelen tener los artistas, y no sólo los escultores, catalanes. Subconsciente, insisto en ello. Ni siquiera en una actitud voluntaria; es algo superior a ellos mismos. Será por el poso que deja en ellos ese mar que tienen al lado y de lo que ellos mismos son tan conscientes; será por tradición o por lo que sea. Pero –y aquí viene el otro factor de toda creación catalana- del que me parece que tampoco son ellos mismos definitivamente conscientes: también tienen el medievalismo... más concretamente, el goticismo. Cuando ambas facultades se conjugan armoniosamente en una obra, aparece algo parecido a Subirachs. Y es curioso, porque la gran tradición medievalista catalana es fundamentalmente románica, pero cuando aflora como erupción inevitable en nuestro tiempo, es más el gótico lo que se manifiesta. Será que el gótico está más incrustado de lo que parece en la cultura catalana. No sé: eso habrá que consultarlo a Cirici, que es el que ha estudiado más sistemáticamente ese problema. Lo cierto es que, por ejemplo, en Gaudí, cuando el medievalismo irrumpe en la vida de la creación catalana –e irrumpe no por azar: porque es una afirmación, incluso diferencial, de Catalunya-, aparece un cierto goticismo... Lo mismo ocurre con Subirachs, aunque por modo muy diferente.

Pero insisto en ese fondo nutritivo de clasicismo que se advierte en la obra de Subirachs como en tantos otros artistas catalanes...Y en poetas - ¡Carles Riba!...-.

De todas maneras, Subirachs, que parece haber ascendido a ese clasicismo desde una especie de medievalismo gotizante originario –de romanticismo, sí- en una especie de acción renacentista personal, guarda siempre como su personal fondo ancestral el recuerdo de su “vividura” medievalizante.

Y así, su obra se desarrolla con respecto a esas dos potencias –el medievalismo y el renacentismo-, de nutriciones casi subconscientes –culturales- ambas, en un juego permanente de afirmaciones y negaciones, en el que una de las dos potencias niega a la otra para afirmarse a sí misma... Digo “renacentismo” más que “clasicismo”, y reafirmo en ello porque, efectivamente, algo dejan traslucir esas obras, procedentes de Leone Battista Alberti y del Donatello... De pronto, como un artista renaciente, el hombre Subirachs se deja ganar por la sinuosidad gloriosa de un desnudo femenino. Pero no deja de comprender que allí, en esas ancas bien plantadas, o en esas tetas que puedan más que dos carretas, hay una estructura –la mejor de las estructuras posibles- desde la que puede trazarse un paralelo arquitectónico. Porque, sí, la magistratura arquitectónica, para todo, no deja de hacerse

presente nunca en lo de Subirachs. Ni deja de hacerse presente su juego de afirmaciones y negaciones. Ya no es sólo la dialéctica medievalismo-renacentismo, sino la alternativa de los volúmenes frente a sus negativos correspondientes: un seno femenino frente a su vacío, la copa áurea que desplaza... una torre bíblica y más o menos utópica, frente a su negativo arquitectónico; una figura ecuestre y su contraria antivolumétrica...

Lo que pasa es que Subirachs tiene un sentimiento platónico –o “neoplatónico”- de la forma, pero con conciencia del siglo en que vive. Vamos a ver, porque esa puede ser una feliz y bella experiencia... Esperemos a Subirachs.